



ES CUESTIÓN DE SER UN GALLO FINO



LUIS ALFREDO LÓPEZ HERAZO

Desde lejos se acercaba al restaurante un ciudadano como cualquier otro, jean desteñido, camiseta polo, tenis Nike. Caminaba, entretenido con su Smartphone y, sin advertirlo, se desvió del camino para conversar con dos hombres que estaban al otro lado de la calle, subidos en una moto. De inmediato supuse que no era él la persona que estaba esperando y volví a recostarme en la silla mientras sudaba y las manos me temblaban. Una vez arrancó la moto, volví

a dirigirse al restaurante y un joven mesero que estaba cerca a la puerta le abrió y le dio la bienvenida con una sonrisa y un agradable saludo como si se tratase de un cliente que frecuentara el sitio.

En ese momento entré en pánico, pues aquel hombre con cara seria y las manos en los bolsillos se dirigió hacia mí. Al reconocerme, me saludó de la manera más amable posible, con un fuerte apretón de mano, y se sentó en la silla de enfrente. Para

romper el hielo, empezamos a hablar un par de minutos sobre la movilidad, el clima, lo elevado que están los precios, sobre su hijo que pronto cumpliría años, de hecho, por un momento se me olvidó que estaba sentado con uno de los mayores jefes de una estructura delincencial del país.

A medida que la conversación fue avanzando, me pregunté cómo era posible que la persona amable, entradora y simpática con la que dialogaba pudiera extorsionar, secuestrar y asesinar. Sin embargo, algo llamó mi atención de todo lo que decía: “uno nace con eso, las gúevas bien puestas para poder hacer todo lo que yo he hecho en la vida”. De inmediato, con esta frase, recordé a un viejo profesor que decía que como el miedo se asocia a lo femenino, a lo delicado, emociones propias de un ser inferior, la agresividad se convierte en una característica esencial de la masculinidad, porque el hombre debe mostrarse fuerte, valiente, poderoso y se espera que esto se refleje en su conducta.

De ahí en adelante, más que poner cuidado a sus historias sobre secuestros, asesinatos, extorsiones, robos de mercancías, etc., me concentré en la forma en que utilizaba expresiones como “esto es para hombres”, “hay que probar finura”, “uno se debe ganar el respeto de los otros”, para justificar sus acciones y las de los otros miembros de la organización con los que también me iba a sentar a conversar, o al menos eso esperaba.

Una inminente preocupación me invadió mientras él seguía hablando, pues no dejaba de pensar lo peligroso que puede llegar a ser ese tipo de masculinidad y la forma en que se manifiesta el machismo en una sociedad como la nuestra. Aquí, cada vez más aumenta el desprecio por lo femenino, el desarrollo individual se da en medio de relaciones familiares patriarcales que impulsan la violencia, se debe tener una imposición de control sobre otros y sobre

nuestras impetuosas emociones, la homofobia aparece como mecanismo de defensa de la masculinidad y matar te convierte en un hombre de respeto, uno de verdad.

Terminada nuestra conversación, y seguro de que me había dejado sorprendido, alias _____, como se le conoce dentro de su organización, me advirtió, en forma de broma, sobre lo peligroso que eran los sicarios a los que me dirigía a entrevistar. Con un nuevo apretón de mano, una invitación a tomar guaro y a donde las “putas” terminó la entrevista que parecía un monólogo sobre la forma en que ha construido su fama, el respeto y su poder frente a las demás personas, especialmente frente a los otros hombres, que supongo no han tenido las suficientes güevas como él.

Debo aclarar que mi interés por el estudio de la masculinidad es reciente y nació como respuesta a las conductas que evidencié en esta estructura delincencial durante el tiempo que compartí con sus integrantes. De ahí que mi tema inicial de estudio fuera replanteado y hoy, más que nunca, me interesa entender por qué los principales protagonistas o actores de situaciones de violencia criminal son los hombres y cómo sus narrativas machistas justifican esa violencia.

Luis Alfredo López Herazo

Nació en cercanías de Montelibano, Córdoba, fue criado en su infancia en Armenia y actualmente reside en Cali con sus padres adoptivos a quienes agradece por su amor incondicional y apoyo. Cuando era muy pequeño perdió a su padre por motivo del conflicto armado y no volvió a saber de su madre desde entonces. Desde su infancia desarrolló un amplio sentido de pertenencia por el conflicto armado, las víctimas y la reparación, siendo estos sus principales intereses académicos. Actualmente se desempeña como practicante y coordinador seccional para Buenaventura de la Fundación para el Desarrollo Integral del Pacífico.